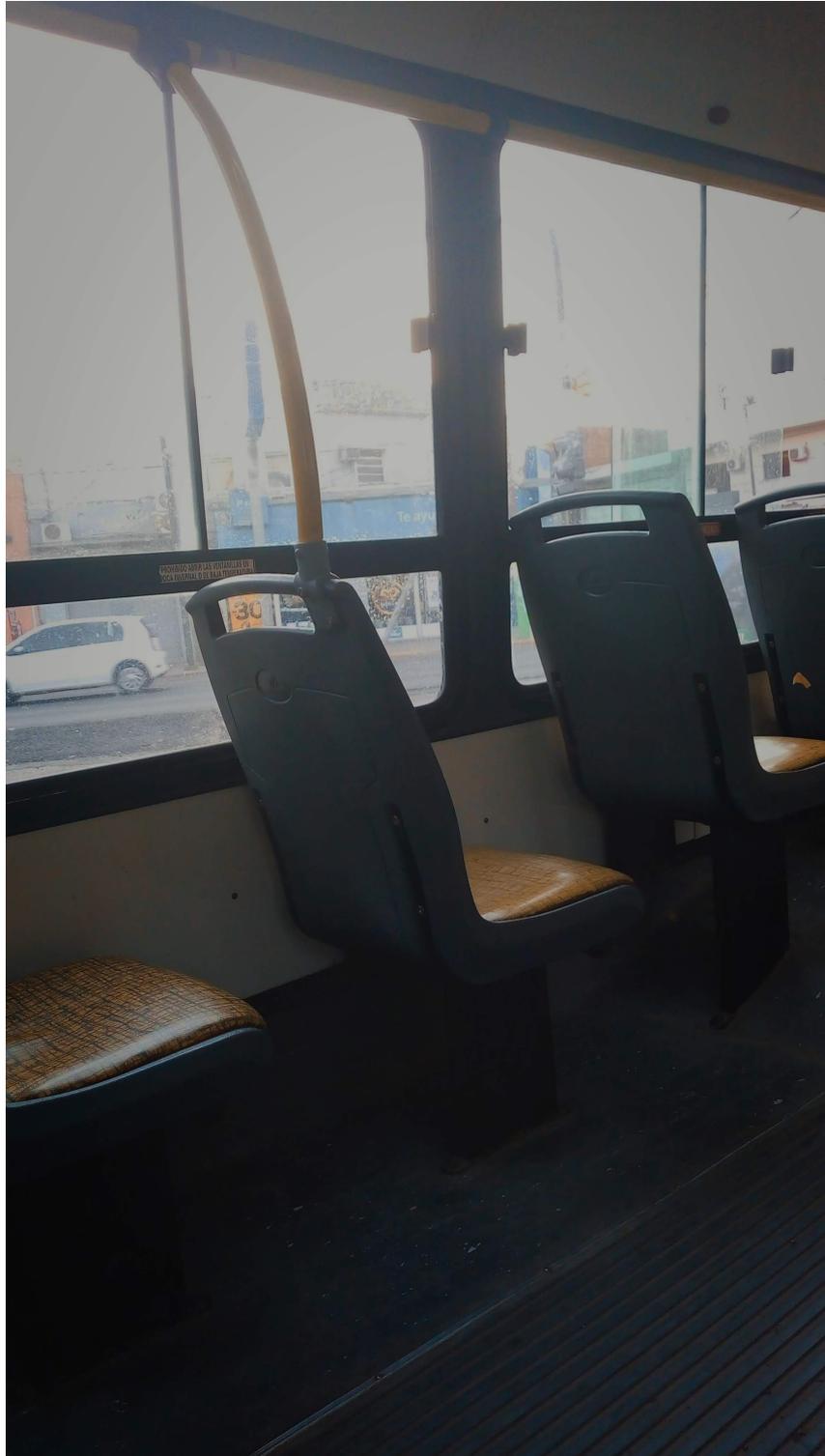


Vergüenza

Tatiana Ester Schmied



Capítulo 1

Como en esos sueños donde uno intenta correr y no puede, aquel día no podía ni siquiera caminar. También como esos otros, donde de pronto te encontrás en público y sin una sola prenda de ropa. Así tal cual. Estaba en la parada, una de tantas. Sí, porque todas las historias argentinas deberían comenzar con una parada y un colectivo, y un viaje. Lo recuerdo bien, era un dos treinta y siete: iban el chofer y tres gatos locos, como decimos acá. El sol apenas salía y, encima, era un domingo; el peor día de la semana, no se sabe si es el primero o el último. Es como un bucle, un limbo. La gente siempre difiere en esto, pero todos concordamos en que un domingo a la tarde es como estar en diciembre, o al revés. Pensaba en eso y no me di cuenta de que ya estaba en Rubén Darío, caminando en línea recta porque no sabía dónde pararme para que nadie me viera. Igual si caminás también te ven todos, me decía esa insoportable vocecita interna. Me pasaba en todas las estaciones. Por eso cuando me subía a los trenes nunca buscaba un asiento libre: me sentaba al lado de la puerta, siempre dejando un espacio. En ese ángulo no era posible que algún cualquiera me observara, entonces me quedaba más tranquila.

Antes les hablaba de los viajes y, la verdad, ahora que lo pienso bien, me gustaría haber estado en una historia que no hubiera comenzado con una parada. Porque a la parada le siguió un viaje larguísimo, lleno de miradas no deseadas. Y yo ahí, pensando si capaz no saltaba a la vía en alguna combinación de líneas subterráneas. ¿Tenía algo en la cara? Cuando parecía que todo mejoraba, me encontraba en la plaza de Quilmes bajo una lluvia torrencial que se burlaba de mi buena cara y mis rulos, sobre todo ellos. Qué suerte la mía de no haber tenido un espejo. En serio, ¿suerte?

Surge la pregunta, ¿adónde iba? Si les soy sincera, yo solamente iba. "Adónde" no entraba en mi cabeza. Ya había demasiados "¿Esa señora me dijo algo y yo la ignoré?", "Mirá para abajo así no se te ve la cara" y "Cruzate de vereda porque viene gente de frente". Conté más o menos trescientas tres baldosas de por lo menos cinco tipos distintos.

¿Adónde voy? Eso ya no importa, porque resulta que de tanto contar cuadrados llegué a destino. Bueno, mucho de destino no había en el hecho de estar ahí. Era un torneo de baile, pero no sabía ni para qué estaba ahí. Ahí se encontraba la señorita Contreras y el señor Valdez, pero no puedo pensar en la señorita Luisa porque me da algo, me da algo. Vos la veías ahí, sentada en la mesa del jurado, tranquilita, sacando un papelito al azar de la bolsa de nombres. La veías ahí, desdoblado el papelito... y de pronto te miraba, directo a los ojos. ¡Ay mamita! No era casualidad, no. ¿Cuántas baldosas había en ese salón? Unas cuarenta de ancho y más de sesenta de largo, calculaba. Tanto espacio y mi contrincante tenía que estar a menos de diez metros. ¿Quién es Bruno? No lo conocía, ¿tenía que

saludarlo? ¿Cómo lo saludaba sin mirarlo a la cara? Parecía que todas las miradas indeseadas se habían juntado en un solo lugar, y nuevamente era yo el punto de concentración. Bueno, Bruno y yo.

Piedra, papel o tijera; empezaba yo. ¿Cómo se mataba uno con un papel?, porque con la piedra y la tijera era muy fácil. No importaba, si me moría ahí era cosa de la parada. Porque todo tenía que empezar con una parada, todo era culpa de la parada. Ahora sí, la música había empezado a sonar y era tiempo de dejar de mirar las baldosas. Me disculpo silenciosamente con Bruno por haber tenido que presenciar ese desastre casi como con lupa. Empezaba a moverme y de pronto me preguntaba si el aire pesaba, y si las baldosas resistirían a mis pasos de elefante torpe. ¡Ay! Perdón a todos por haber tenido que ver eso. ¿Puede ser que casi pisé al camarógrafo? Sí, para colmo me filmaban. Ese momento quedaría entonces capturado para siempre, al igual que grabado el recuerdo de ese día en mi cabeza.

Cuando todo terminó, desaparecí entre la gente y me regresé a mi casa, en silencio y bajo otra copiosa lluvia que otra vez se burlaba de mí y de mi existencia. En la parada, porque todo empezaba y terminaba en ese punto, quise darle una patada a un poste de luz... pero había un señor que me miraba.